

EL DOCTOR ALEJANDRO LALLEMAND LEMOS (1857-1903), ARQUETIPO DE MÉDICO DE LA ARMADA DE FINALES DEL SIGLO XIX

Juan Manuel GARCÍA-CUBILLANA DE LA CRUZ
Teniente coronel médico



AS últimas décadas del siglo XIX se caracterizaron en el Estado español por una gran inestabilidad política, revoluciones cantonales, continuos cambios de gobierno y falta de continuidad en una política exterior de defensa. Todo ello condujo a la pérdida de las colonias de Ultramar en 1898. La Marina fue la más perjudicada, en detrimento de unidades y efectivos humanos. Sus hombres sufrieron las penalidades de combatir, en un ambiente hostil, contra insurrecciones de indígenas locales (Filipinas) y contra la Armada acorazada de los Estados Unidos de América, adecuadamente adiestrada y pertrechada, a miles de millas de la península Ibérica. Sus médicos contribuyeron con su ejemplar dedicación al mantenimiento de la dignidad y orgullo de una milicia que, en circunstancias muy adversas, no estuvo respaldada por la correspondiente acertada clase política nacional.

Alejandro Lallemand Lemos nació en Cádiz el 15 de julio de 1857, hijo de Alejandro y María Concepción, primogénito de una familia numerosa de siete hermanos con una amplia tradición militar. Su primer apellido proviene de la contracción del patronímico francés *l'allemand*, en castellano «el alemán». El primer antecesor Lallemand en Cádiz se estima arribó de Francia junto a las tropas de los «Cien mil hijos de San Luis» del duque de Angulema (1823-1828). Tras el repliegue se establecería en la ciudad iniciando la dinastía actual.

Estudió Medicina en la Facultad de Cádiz de la Universidad Literaria de Sevilla (1875-1879), licenciándose con el grado de sobresaliente. Su hoja de



Figura 1.—Alejandro Lallemand Lemos, médico segundo de la Armada. (Foto cedida por su bisnieto Fernando Delgado Lallemand).

estudios fue brillante y motivó la gratuidad del título de licenciado, después de un concurso con estudiantes de otras facultades. Fue nombrado alumno interno pensionado, por oposición, del Hospital Clínico de la Facultad de Cádiz (1878) y obtuvo el grado de doctor en la Facultad Central (1880). Contrajo matrimonio con Vicenta Menacho en 1883.

Empleos y destinos durante su vida militar

Ingresó mediante oposición en el Cuerpo de Sanidad de la Armada en 1881, obteniendo la calificación de sobresaliente. Obtuvo uno de los primeros puestos de la promoción, que mereció ser conocida como la «promoción de los sabios» (figura 1). Ostentó los empleos de médico segundo supernumerario (un año, tres meses, cuatro días), médico

segundo (siete años, 12 días) y médico primero (13 años, cinco meses, siete días), grado en el que permaneció hasta su fallecimiento.

De una vida militar activa de 21 años, ocho meses y 23 días, estuvo navegando durante ocho años, dos meses y 21 días entre los mares de la China y las Antillas a bordo de ocho diferentes buques: vapor *Legazpi* (1884 y 1888-1890), crucero *Aragón* (1884-1886), fragata *Gerona* (1892-1893), crucero *Marqués de la Ensenada* (1894), cañonero-torpedero *Filipinas* (1895), acorazado *Vizcaya* (1897) y acorazado *Infanta María Teresa* (1897-1898).

Estuvo destinado en el servicio de guardias de los hospitales de Marina de Ferrol (1881), San Carlos (1883, 1895 y 1899) y enfermería-hospital del Arsenal de La Carraca (1897). Realizó prolongadas estancias en ultramar: apostaderos de Filipinas (dos años, nueve meses, cinco días), donde trabajó en el lazareto de Maribeles, y Cuba (un año, 11 meses, 27 días). En 1886 regresó de Filipinas enfermo de beriberi.

En 1895 fue destinado al regimiento de Infantería de Marina destacado en Cardonas y Pinar del Río (Cuba). En reconocimiento a su labor fue condecorado con la Cruz Blanca del Mérito Militar de 1.^a Clase. Un año después se le concedió licencia por enfermedad en La Habana. En 1897 regresó a primera fila en Matanzas, participando en los combates de Cayo Romano y Sábanas Nuevas hasta que, enfermo de paludismo grave, fue repatriado a la Península. Por su comportamiento se le otorgó la Cruz Roja del Mérito Militar de 1.^a Clase.

Durante su estancia en Hong-Kong (diciembre 1884 a abril 1885) atendió a una importante personalidad que, en agradecimiento, le obsequió con una tabla de madera noble con la siguiente inscripción (traducida al castellano): «Famoso médico europeo. Entregado en Hong-Kong por Pan Lao en gratitud al Dr. Alejandro Lallemand, a mediados de la primavera del año 11 del Emperador Luang-Su, penúltimo emperador de la Dinastía ES' JMS, 1885» (Figura 2).

Memorias reglamentarias

A mediados del siglo XIX la situación general de España, con una Marina en ruinas y escasos buques, había influido en el Cuerpo de Sanidad de la Armada. La huida de catedráticos a la facultad de Medicina de Cádiz tras la supresión del Real Colegio de Cirugía de la Armada de esa ciudad (R. O.



Figura 2.—Regalo de un paciente en Hong-Kong (1885). En posesión de su bisnieto Fernando Delgado Lallemand.

de 3 de noviembre de 1834) había provocado una caída de su prestigio científico. Al no existir voluntarios para el reclutamiento de nuevas promociones, se inició una propaganda entre los estudiantes universitarios. Hasta el último tercio del siglo las hornadas se caracterizaron por su mediocridad.

El renacer académico del Cuerpo de Sanidad coincidió con la llegada a su jefatura de Bartolomé Gómez de Bustamante quien, entre otras normativas, impuso en 1876 la de celebrar una reunión científica obligatoria mensual en los tres departamentos marítimos. El objetivo era la presentación de casos clínicos y debatir temas de higiene naval. A ella debían asistir todos los jefes y oficiales médicos libres de servicio. Las conferencias eran presididas por el inspector de Sanidad del departamento, quien debía nombrar a los profesores por orden de antigüedad. El contenido de las reuniones, recogido en una «memoria reglamentaria», se elevaba al Almirantazgo del Ministerio de Marina, sirviendo *a posteriori* para la evaluación de los ponentes. La relación de estas memorias se divulgaba en el Boletín de Medicina Naval, considerado como órgano de expresión y portavoz oficial del Cuerpo de Sanidad de la Armada. Las que eran consideradas de interés se publicaban en su integridad.

TABLA 1: PUBLICACIONES Y MEMORIAS REGLAMENTARIAS DE ALEJANDRO LALLEMAND LEMOS

AÑO	MEMORIAS REGLAMENTARIAS
1883	Algunas consideraciones sobre los medios hipotérmicos.
1884	El cólera a bordo del crucero <i>Aragón</i> (*).
1886	Concepto de la dispepsia (**).
1887	Apuntes de patología tropical.
1891	Apuntes de patología tropical: dos años a bordo del crucero <i>Aragón</i> en Filipinas.
1891	Nuevos reconocimientos de víveres.

(*) Leída en la sesión académica del Cuerpo de Sanidad (Cavite, Filipinas, 20 de octubre de 1884).

(**) Reconocida por la Inspección General de Sanidad de la Armada. Boletín de Medicina Naval 1891; XIV:144-8.

Pérdida de la Escuadra del almirante Cervera en Santiago de Cuba (1898). Aspectos sanitarios

El 24 de abril de 1898 se declaró la guerra contra los Estados Unidos. El doctor Lallemand Lemos se encontraba en la isla de Cabo Verde a bordo del acorazado *Infanta María Teresa*, buque insignia del almirante Cervera. Cinco días después la Escuadra se hizo a la mar, y tras realizar escalas en Martinica y Curaçao, el 19 de mayo arribó a Santiago de Cuba. Se habilitó una columna con la marinería de los buques *Vizcaya* y *Oquendo*, que se mantuvo varios días en las trincheras de San Miguel de Paradas teniendo en jaque a las patrullas insurrectas. Al reembarcar aparecieron a bordo los primeros casos de paludismo.

La escuadra del almirante Cervera presentaba en el aspecto sanitario importantes desventajas. No existían verdaderas «enfermerías de combate». El espacio reservado a éstas se componía de un minúsculo habitáculo en penumbra, cerca de la quilla, sin ventilación ni medios de acceso. El descenso de los heridos se realizaba mediante un aparejo a través de una escotilla reducida y la subida por una escala vertical, lo que demoraba enormemente su asistencia. Solamente el *Cristóbal Colón* disponía de un «baño de fogoneros», que hacía las funciones de enfermería de combate. Además, existían dos puestos de socorro, principales «enfermerías ordinarias» y varios secundarios.

Durante la singladura atlántica, los facultativos y enfermeros adiestraron a la dotación en las curas de socorro, fundamentalmente curas oclusivas de urgencia, e idearon artilugios que sirviesen de compresores hemostáticos. La escuadra disponía de uno de Smart y otro de Mathieu por cada barco. Los maquinistas fabricaron planchitas de bronce y cajas de zinc para las curas.

El personal médico de la Escuadra se componía de ocho médicos (cuatro primeros y cuatro segundos), dos en cada barco: en el buque insignia *Infanta María Teresa* iban Alejandro Lallemand Lemos y Julio Díaz Navarro; en el *Colón*, Núñez Suárez y Montesinos; en el *Oquendo*, Guinea (ostentaba el cargo de jefe de Sanidad de la escuadra) y Parra; en el *Vizcaya*, Jurado y Nicolás Gómez Tornell.

El día 25 de mayo fue bloqueado el puerto de Santiago de Cuba por la Escuadra americana. El bombardeo sobre la dársena, que fue contestado por los fuertes y parte de la Escuadra de Cervera, se repitió durante todo el mes de junio y continuó en los primeros días de julio. Los facultativos españoles, entre ellos Lallemand, asistieron a los heridos de ambos bandos.

Desde España se apremiaba al almirante Cervera para que se hiciera a la mar, contestando éste y todos los comandantes de los barcos que la orden representaba un suicidio ante la desproporción de fuerzas con la flota enemiga —34 barcos que transportaban un cuerpo de ejército de desembarco de unos 20.000 hombres—. El día 3 de julio se cumplió la taxativa orden de abandonar Santiago y, tras tocar zafarrancho de combate, dio comienzo la batalla. El

primero en salir y zozobrar fue el buque insignia almirante *Infanta María Teresa* que, tras recibir toda la artillería de la escuadra enemiga, se consumió por el fuego; el *Vizcaya*, siguiente en la formación, se convirtió en blanco del enemigo y varó en los arrecifes del aserradero; al *Colón*, la unidad más protegida, se le ordenó abrir sus *kingstons* y se hundió en la playa junto al río Tarquino; finalmente se perdió el *Oquendo*.

En el *Infanta María Teresa* los heridos se amontonaron precipitadamente. A la enfermería de combate llegaron más de 40, con graves amputaciones de miembros. El buque se incendió y tras varar fue preciso su abandono. Durante la tarea de salvamento murió el médico segundo Julio Díaz Navarro. Lallemand sufrió una fuerte contusión en el hipogastrio, presentando hematuria y fiebre alta. No abandonó la enfermería hasta que hubo ubicado sobre la cubierta a todos los heridos. Al no disponer de una embarcación de salvamento, se arrojó al mar con un salvavidas. Se salvó asido a un trozo de remo y a los restos de un bote que encontró junto a cuatro compañeros. La hélice del barco continuaba en funcionamiento y succionó al grupo de marineros, provocando su muerte. Lallemand se escapó milagrosamente al apoyarse en la popa con el remo, estando ya sumergido, y empujar mediante un supremo esfuerzo. Consiguió asirse a la quilla de un bote y durante largas horas combatió a la muerte viendo perecer a muchos compañeros; unos por la lluvia de proyectiles enemigos y otros devorados por los tiburones que acudieron a la sangre. Fue rescatado y hecho prisionero por el buque estadounidense *Gloucester*, donde fue atendido por sus galenos. Por la noche fue transbordado al buque hospital *Olivette*, en el que continuó recibiendo asistencia médica. Tres días después (6 de julio), junto a los demás heridos graves, fue evacuado al transporte hospital *Solace*, donde permaneció hasta el día 10, una vez que cesó la hematuria y la fiebre. Apareció inicialmente en la relación de fallecidos, con la consiguiente angustia de sus familiares ante la errónea noticia.

En el *Vizcaya* comenzaron a llegar heridos, que fallecieron en poco tiempo por *shock* hemorrágico. La enfermería se convirtió en un depósito de cadáveres. Las baterías se habilitaron como puntos de asistencia donde médicos y practicantes realizaron su labor; en general heridas por explosivos, avulsiones de miembros y heridas penetrantes de abdomen. Una granada estalló en las proximidades de la enfermería causando la muerte de algunos lesionados y heridas en el brazo y tórax del segundo médico, Gómez Tornell. A la explosión siguió un incendio que se propagó con inusitada rapidez.

El *Oquendo* recibió la embestida del *Yowa* y del *New York*, repitiéndose la situación del *Vizcaya*. El blindaje del *Colón* deparó unas mayores posibilidades de defensa. Los médicos pudieron asistir mejor a los heridos y, tras recibir la orden de hundimiento voluntario, proceder a su desalojo y salvamento.

Destruída la escuadra, los médicos españoles continuaron sus intervenciones quirúrgicas y curas en los buques estadounidenses, acorazado *Yowa* y

buque auxiliar *Harward*, donde habían ido a parar la mayoría de las bajas. Entre los españoles se contabilizaron 332 muertos y 197 heridos.

Cautiverio en los Estados Unidos de América

Tras el fin del combate, los heridos más graves se trasladaron al buque hospital *Solace*, que los transportó al hospital naval de Portsmouth (Virginia). Los numerosos enfermos (paludismo e infecciones intestinales) se llevaron a New Hampshire y el resto a Annapolis. La escasez de personal sanitario y la carencia de medicinas contribuyeron al incremento del número de víctimas. El día 15 de julio, los médicos Guinea, Núñez Suárez, Lallemand y Montesinos



Grupo de Oficiales concentrados en Portsmouth, entre los que se cuentan a los médicos Núñez (primera línea superior a la derecha) Lallemand y Guinea (segunda línea media 2.ª y 5.ª) y Montesinos (tercera línea inferior, último de la derecha).

Figura 3.—Tomada de CLAVIJO Y CLAVIJO, S.: *Historia del Cuerpo de Sanidad de la Armada*; p. 398. San Fernando: Tipografía de Fernando Espín Peña, 1925.

arribaron a Portsmouth en el transporte *Harward*, en calidad de prisioneros (figura 3). A pesar de estar contemplado en el Convenio de Ginebra de la Cruz Roja, los facultativos renunciaron a su libertad para no dejar solos a los heridos compañeros de armas. Tres días después de su llegada, Lallemand desembarcó para asistir, en una barraca del campamento, a unos 70 compatriotas afectados de «fiebres infecciosas». Continuó actuando como médico hasta que fue repatriado. Enfermó de fiebre y se le agudizó una dolencia estomacal que acarrearaba desde meses antes. Durante el cautiverio fallecieron en Cádiz su padre y uno de sus hijos.

Regreso a la patria

El 12 de septiembre Lallemand, junto al resto de enfermos y prisioneros, inició el regreso a España en el vapor inglés *City of Rome*. Arribó a Santander el día 21, presentándose en el departamento de Cádiz el día 26. Tras una licencia de tres meses por repatriado, acudió a la Corte para declarar en la causa sumarísima instruida por la pérdida de la escuadra. Se le concedió la Cruz Blanca del Mérito Naval de 1.^a Clase, pensionada con el 10 por 100 del sueldo, por los servicios prestados a los prisioneros enfermos en Portsmouth.

El 27 de febrero de 1899 se incorporó al servicio de guardias del hospital de San Carlos, donde permaneció hasta el 17 de abril. Tras una de excedencia de 19 meses, en noviembre de 1901 volvió al servicio activo como auxiliar de la Inspección de Sanidad del Departamento de Cádiz, encargado del Detall de la Sección de Practicantes, destino en el que permaneció hasta su muerte.

Fallecimiento

Según consta en la certificación expedida por el juez municipal del distrito de San Antonio (Cádiz) que figura en su expediente personal, el fallecimiento se produjo en su domicilio el 23 de marzo de 1903 a la edad de 45 años. La causa, una peritonitis crónica secuela del traumatismo abdominal sufrido en la batalla naval de Santiago de Cuba. Se encontraba en situación de servicio activo. A su viuda y seis huérfanos pequeños les quedó una pensión estatal de 45 pesetas mensuales.

Aspectos humanos y profesionales

Alejandro Lallemand Lemos fue un hombre dotado de una gran sensibilidad, humanidad y elevado sentido del deber. De carácter bondadoso, se distinguió por un exquisito trato hacia los enfermos, por lo que fue querido y esti-

mado por sus jefes y compañeros. Fue académico numerario de la Academia de Santo Tomás de Aquino, establecida en el Convento de Santo Domingo de la ciudad de Cádiz. Minucioso y ordenado, escribió durante sus navegaciones un diario de a bordo, que enviaba a su esposa en forma de cartas, en el que consignaba la meteorología y la posición y rumbo del buque al ocaso, con la distancia directa recorrida en millas. Con grandes dotes de observador describía los hábitat de los pueblos, comercio local, olores de las especias (canela), indumentaria, costumbres y rasgos étnicos de las distintas poblaciones a las que arribaba (Port Said, Suez, Ismailia, Adén, Ceilán, Manila, Cañacao, Cavite, San José de Buenavista, Aniní, Zamboanga, Joló, Isabela de Basilán, San Vicente de Cabo Verde, etc.). Entre otras, la familia conserva el original de la que escribió mientras estaba prisionero, a bordo del buque estadounidense *Harvard*, en la que narra los pormenores del combate naval de Santiago de Cuba (figura 4). En sus epístolas denotaba humildad, austeridad, gran religiosidad —constante invocación a Dios y a la Virgen—, ilusión de futuro, amor a su ciudad natal y profundos sentimientos de cariño y devoción hacia sus ancianos padres, esposa e hijos.

Desde su ingreso en el Cuerpo de Sanidad de la Armada se dedicó exclusivamente al desempeño de la función pública, aunque tenía condiciones para triunfar en la práctica civil. Consideraba el desempeño de su labor sanitaria militar como una misión santa y sublime, como una verdadera religión, de cuya práctica no se apartaba a pesar de los estímulos profesionales de sus compañeros y de las necesidades económicas de su numerosa familia. A sus

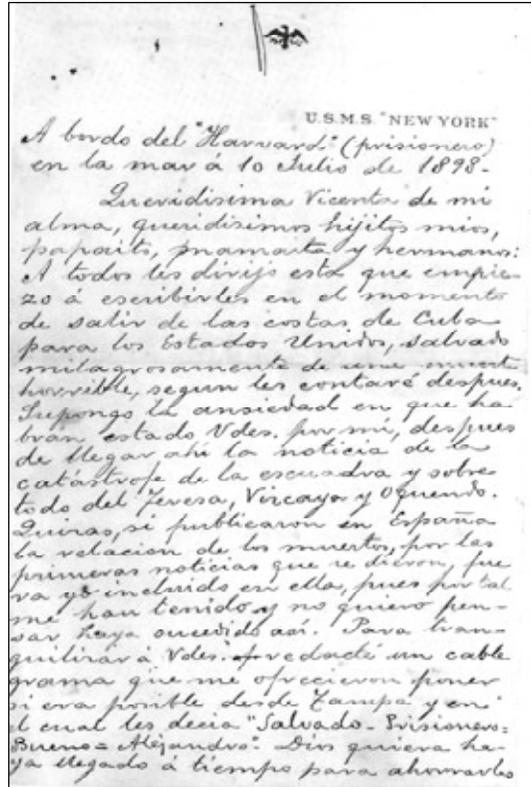


Figura 4.—Primera cuartilla de la carta que escribió a la familia mientras estaba prisionero a bordo del buque estadounidense *Harvard*, en la que narra los pormenores del combate naval de Santiago de Cuba. (Cedida por su bisnieto F. Delgado Lallemand).

grandes conocimientos unía todas las cualidades del hombre virtuoso: un desprecio de las riquezas y una gran rectitud. «Ejerció la profesión no para sacar utilidad y adquirir reputación, sino en beneficio de su destino». Se conserva el informe de una autopsia efectuada por Lallemand a un marinero del acorazado *Colón*, con fecha 29 de julio de 1896, en el que se muestra una rigurosa minuciosidad en el examen y descripción anatómica de las lesiones.

En San Vicente de Cabo Verde conoció el nacimiento de su último hijo, y en sus cartas durante la singladura intuyó la tragedia que finalmente sufrió la escuadra. Previo a la navegación hacia Santiago de Cuba, envió a su familia, en el vapor *Ciudad de Cádiz*, las pertenencias más valiosas que poseía a bordo: reloj y gemelos de oro, portamonedas y un alfiler de corbata. De las cartas de recuerdo y homenaje que se conservan tras su fallecimiento se constata el aprecio y público reconocimiento del que gozaba entre sus colegas y convecinos gaditanos. Desde Alicante, el doctor Federico Parreño Ballesteros, colega y compañero de facultad, con fecha 28 de marzo de 1903, escribió el siguiente epitafio: «Vivió poco, trabajó y sufrió mucho, y no ganó en la tierra más que aquello que estrictamente no le pudo ser negado. ¡Los hombres poco hicieron por quien tanto llegó a merecer! ¡Dios lo hará todo!». Su sepelio constituyó un acto multitudinario al que asistieron autoridades, jefes y compañeros del Cuerpo de Sanidad de la Armada y de otros cuerpos militares, Guardia Civil, catedráticos de la Facultad de Medicina, familiares y representantes de la sociedad local.

De su impronta como persona y galeno sirva de testimonio su numerosa descendencia, en la que hasta la actualidad (quinta generación) se han contabilizado, por línea directa, cinco médicos con diversas especialidades: un hijo ginecólogo, un nieto, un bisnieto y un tataranieto especialistas en análisis clínicos y un tataranieto radiólogo.

Consideraciones finales

Por todo lo expuesto, se puede considerar que Alejandro Lallemand Lemos fue un arquetipo de médico naval, con grandes dotes de humanidad, sacrificio y sentido del deber, que tuvo que vivir y sufrir con plausible decoro, dignidad y resignación los luctuosos sucesos de la Marina de Ultramar en los finales del convulso siglo XIX.

La Sanidad Militar actual, dieciocho años después de la extinción del Cuerpo de Sanidad de la Armada, vive una profunda crisis de consecuencias inimaginables. Trayectorias vitales como la del doctor Lallemand deben servir de modelo a sus integrantes y de reflexión a toda la sociedad española.

Epílogo

Se expresa un sincero agradecimiento a la familia del doctor don Fernando Delgado Lallemand, bisnieto de Alejandro Lallemand Lemos, por la aportación de datos y documentos personales.

Nota de la Redacción.—Este artículo es un resumen del trabajo presentado por el autor en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Cádiz, al que se otorgó el Premio Casino Gaditano del año 2006.



BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO: *Otro mártir del deber*. Carta publicada en *Diario de Cádiz*, año XVIII; núm. 6172.
- Boletín de Medicina Naval*. San Fernando: José Gay, 1885 (tomo VIII). Biblioteca del Hospital General de la Defensa «San Carlos» en San Fernando (Cádiz).
- Boletín de Medicina Naval*. Madrid: Celestino Apaolaza, 1886 (tomo IX), 1889 (tomo XII), 1890 (tomo XIII), 1891 (tomo XIV), 1892 (tomo XV), 1893 (tomo XVI), 1895 (tomo XVIII), 1896 (tomo XIX). 1897 (tomo XX), 1898 (tomo XXI). Biblioteca del Hospital General de la Defensa «San Carlos» en San Fernando (Cádiz).
- CLAVIJO y CLAVIJO, S.: *Historia del Cuerpo de Sanidad de la Armada*. San Fernando: Tipografía de Fernando Espín Peña, 1925.
- FERRER, D.: *Historia del Real Colegio de Cirugía de Cádiz*. Cádiz. Excmo. Colegio Oficial de Médicos, 1961.
- Hoja de Servicios del primer médico de la Armada Alejandro Lallemand y Lemos. Archivo General de La Marina «Álvaro de Bazán». El Viso del Marqués (Ciudad Real), 2006.
- LALLEMAND ABELLA, J. A.: *Alejandro Lallemand, un médico del 98*. REVISTA GENERAL MARINA 1997; 233:79.
- MANERA REGUEYRA, E.: *El entorno naval de la vida de Isaac Peral*. REVISTA GENERAL MARINA 1988; 215:441-54.
- OROZCO ACUAVIVA, A.: *En torno al 98. Las relaciones médicas entre Cádiz y Cuba*. Medicina e Historia. Barcelona: Uriach, 1998.
- PARREÑO BALLESTEROS, F.: *Recuerdo y Homenaje. A mi querido amigo Alejandro Lallemand*. Diario de Cádiz, 1903, año XVIII.
- PINEDA, J. M.: *Una víctima más de la guerra*. Diario de Cádiz, 1903, año XVIII.